

Cuatro siglos de Doctrina Social Cristiana (1)

Por el Dr. Alvaro Pineda de Castro.

Ministro de Colombia en El Salvador, y ex-Profesor de la Universidad Javeriana de Bogotá.

Especial para ECA.

"Lo que sobre —increpa al rico—, proveída tu necesidad, violentamente lo retienes. Es por ventura Dios injusto distribuidor, que tan desigualmente reparte las haciendas sólo porque a tí te sobre lo que falta a los otros?" — SAN AMBROSIO.

oOo

"Quitando tu sustento y el de tu familia, el resto lo debes a los pobres, y si se lo niegas, robas lo ajeno." — SAN AGUSTIN.

oOo

"En cuanto al uso, el hombre no debe tener las cosas como propias, sino comunes." — SANTO TOMAS.

oOo

Una institución de tan alta jerarquía en la vida moral, como la Iglesia Católica, firmemente arraigada en la conciencia y en la sensibilidad del hombre, vinculada en su tradición a nobles empresas de justicia, de caridad y de paz, no podía sustraerse a la universal contienda en que se debatían conceptos y nociones fundamentales sobre la conducta y la sociabilidad humanas, las relaciones económicas y la actitud del Estado frente a esas relaciones, los individuos y las clases. Tenía ella también una misión que cumplir, dentro del orden civil moderno, así como antes lo hiciera, al declinar el mundo románico, y, más tarde, en pleno ciclo medieval. A este

(1) La revista ECA honra sus páginas con este magnífico y orientador artículo que el Excmo. Sr. Ministro de Colombia, el Dr. Alvaro Pineda de Castro, ha tenido a bien escribir especialmente para ella. La personalidad intelectual del Dr. Pineda de Castro es ampliamente conocida en nuestro mundo cultural y universitario.

noble empeño se consagró la Iglesia desde los comienzos del siglo XIX, en un vasto movimiento cuyas enseñanzas proclaman la unidad de miras y la identidad espiritual del Cristianismo con las ideas sociales.

Los orígenes de estas doctrinas son antiquísimos, se identifican con el propio de la Iglesia, pero la primera obra sistemática en que fueron divulgadas data del año 1521. El primero en difundirlas fué el fraile trinitario Alonso de Castrillo, quien durante el mismo año de la rebelión de los Comuneros de Castilla publicaba su famoso "Tratado de la República con otras historias", donde sostiene que todos los hombres nacen iguales y libres. Cinco años más tarde daba Vives a la estampa su célebre "De subventionem pauperum sive de humanis necessitatibus", en el cual afirma que el estado primitivo de las sociedades humanas era el de la más perfecta comunidad de bienes, y que sólo la opresión de los unos contra los otros, "para vivir y gozar en el regalo y en el ocio", originó las desigualdades, la lucha humana por el poder, los egoísmos y las pasiones de los hombres. Vives se expresa en el más elocuente lenguaje contra estos vicios sociales, y, en su gran idealismo, condena a través de encendidas palabras la riqueza, la herencia, la propiedad privada. A Vives le sigue Fray Domingo de Soto, dominico notable, cuya celebridad data desde que publicó un libro para difundir las ideas de aquel filósofo, en el cual declara: "Quitando lo que es necesario para el hombre para pasar la vida, todo lo demás ha de darlo al que tiene dello necesidad".

El P. Mariana aparece después de Fray Domingo de Soto. Ha sido siempre admirada la obra social desarrollada por este eminente varón de la Iglesia, cuyas manifestaciones más altas se registran en su conocido libro "De Rege et Regis Institutione" un verdadero tratado sobre los deberes políticos del Príncipe, su conducta social y las formas del Estado perfecto, aquel donde —al decir de Vives—, "se realizan los designios de Dios, se cumple la justicia y se mantiene la paz". El P. Mariana no vacila en señalar, como sus antecesores, que el Estado mejor y el más feliz de la sociedad fué aquel donde la propiedad de las cosas no era particular sino colectiva. "Dios entregó la tierra a todos los hombres para que se sustentaran con sus frutos."

El movimiento social-católico surgió y adquirió su mayor desarrollo cuando el Poder Civil negaba precisamente aquellos hechos sociales propios del siglo XIX, aquellas transformaciones del orden económico universal que se operaron entonces. La historia volvía de nuevo a repetirse. En Roma, la Ley no consideraba ciudadanos a los esclavos, pero la Iglesia los aceptaba en su seno, les reconocía derechos y proclamaba su calidad de hombres libres. En pleno auge de la economía burguesa, cuando eran mayores y más intensas las represiones contra el obrerismo, y todas las ventajas estaban de parte de las ideas y de los gobiernos individualistas, la Iglesia no podía vacilar en ocupar el único lugar adecuado a su tradición y a su doctrina. Desde los comienzos estuvo de parte de los desheredados, hizo suya su causa, llevó a la contienda un mensaje de justicia y de caridad, no se equivocaba al juzgar que, entre los extremos ideológicos del Individualismo y del Socialismo, había sitio para una solución simplemente cristiana.

El francés Villaneuve de Bargemont aparece como el primer adalid de este movimiento. A él pertenece un libro notable, la "Economie Politi-

que Chrétienne" publicado en 1834, cuyo contenido produjo honda influencia en toda Europa. Villaneuve había estudiado a fondo las tesis de Smith, el criterio estatista de Sismondi, el industrialismo de Juan Bautista Say, pero desde el principio adoptó un punto de vista distinto de aquellos que defendían las escuelas liberales y los socialistas puros. "Impresionado por los excesos de unas y otras, escribe un biógrafo suyo, Villaneuve sería el primero en declarar que una economía cristiana compensaría los errores del Individualismo y del Socialismo, ofreciendo una solución generosa y justa, es decir cristiana". Villaneuve se muestra además partidario del Intervencionismo, para garantizar el trabajo y la equidad del salario; rechaza la idea de que el hombre puede ser considerado como una máquina, destinada a producir sin descanso y lo más posible con el mínimo de dispendio de energía o de fuerza. Quiere además Villaneuve que la Iglesia realice el ideal medieval de unificar los sentimientos morales con las ideas económicas. Un sistema económico basado en la justicia, en el principio de la caridad cristiana, es, en síntesis, la idea central de Villaneuve.

Lammenais, Montalambert, Louis Veilliout, Le Play, continúan en Francia la tradición de Villaneuve y con ellos adquiere el movimiento social-cristiano impulsos decisivos. Montalambert especialmente, fué en 1841 el paladín en la lucha por la legislación sobre el trabajo de los niños y descanso dominical. Veilliout, por su parte, defendió con ardor los intereses espirituales del pueblo, y abogó por el establecimiento de un orden social bajo el signo del Cristianismo. Federico Le Play es, sin duda, la figura más interesante de los cuatro. Su doctrina económica, inspirada en la más pura tradición evangélica, se funda en el principio de que la paz y el orden sociales sólo se realizan allí donde se practica el Decálogo y la religión constituye el sustento vital de la organización política. Un sistema económico no basado en la Moral, decía él, resulta insuficiente e inadecuado para lograr un verdadero entendimiento entre las clases y satisfacer los imperativos de la justicia social.

Fuera de Francia, sociólogos eminentes, filósofos, escritores y varones insignes de la Iglesia luchaban también por aquel entonces en favor de idénticos principios. En Alemania, Monseñor Kétteler —a quien León XIII llamaba "predecesor ilustre"—, trabajó incansablemente por exponer y difundir un sistema social que aspiraba a conciliar las ideas liberales y socialistas, en una síntesis de honda inspiración cristiana. Siendo Obispo de Maguncia esbozó todo un programa de reivindicaciones obreras y atrajo sobre sí las simpatías de grandes sectores populares. "La religión exige —decía Monseñor—, que el trabajo no sea considerado como una mercancía, menos aún, valorado según los vaivenes de la demanda y la oferta. Monseñor Kétteler llegó hasta abogar porque se asegurase a los obreros una participación en los beneficios de la industria, y en materias políticas, se mostraba como un franco partidario del Intervencionismo. Una obra no menos fecunda en resultados que las de este Prelado eminente realizaron también hacia mediados del siglo, en España, el filósofo Jaime Balmes, el tribuno Donoso Cortés y Concepción Arenal, mujer ilustre de su generación y de su patria; en Inglaterra, sobre todo, el Cardenal Manning; en los Estados Unidos, el Cardenal Gibbons; en Bélgica, Vaerhagen; en Austria, el Barón de Vogelsang; y en Suiza, Decurtius y Monseñor Mermillod, Obispo de Friburgo.

Balmes dejó parte de sus mejores páginas consagradas al estudio de los problemas sociales. Creía que los intereses de las clases son en realidad comunes: que todas buscan, aunque por sendas distintas, una misma meta de bienestar y de felicidad. El deber del gobernante consiste, pues, en facilitar la coordinación de aquellos intereses, en apariencia excluyentes y contradictorios, para lograr el imperio del orden y de la justicia. El Estado que realice ese ideal, afirma Balmes, es el Estado perfecto.

Donoso Cortés vierte semejantes ideas a su elocuencia magnífica. "El mundo moral encontró en el día de la redención las leyes que había perdido en el día de la prevaricación. El orden pasó del mundo religioso al mundo moral, y del mundo moral al mundo político. El Dios católico, creador y sustentador de todas las cosas, las sujetó al gobierno de su providencia y las gobierna por sus vicarios". Con estos principios elabora su doctrina social: el Cristianismo, afirma, reveló al mundo la sociedad humana. ¿Podría concebirse una sociedad civilizada que hubiese negado su origen? La cima de nuestra cultura no puede ser otra que la perfección cristiana: *religión, propiedad, familia, equidad, justicia social.*"

Con "El Pauperismo", "La Cuestión Social" y "Cartas a un Obrero", Concepción Arenal conquistó también un lugar destacado entre los principales sociólogos cristianos y divulgadores de las ideas social-católicas en España. Pero con el Cardenal Manning, el movimiento social-católico adquirió un vasto prestigio entre las masas populares y los dirigentes sociales de Inglaterra. La figura de este insigne Prelado se hizo pronto famosa por el vigor con que adelantaba sus campañas y sus elocuentes llamamientos al espíritu social del pueblo británico. El Cardenal, no se limitó desde luego a exponer su doctrina, sino que decidió realizar por sí mismo intervenciones directas, cooperar en la organización de asociaciones obreras, redactar circulares y folletos, participar como árbitro en las huelgas y conflictos sociales, celebrando conferencias frecuentes con los dirigentes populares y propiciar en fin, el establecimiento de sociedades culturales y caritativas en favor de la clase obrera.

En los Estados Unidos, el movimiento social-católico tuvo en el Cardenal Gibbons su más caracterizado dirigente hacia las finales del siglo XIX. Se hizo célebre, sobre todo por su resuelta actitud adoptada en defensa de los "Knights of Labour", una sociedad semi-secreta que venía realizando en distintas ciudades estadounidenses una decidida campaña de propaganda en favor de la reducción de la jornada de trabajo, de una legislación protectora de la clase obrera, y del establecimiento de impuestos a los terrenos incultos. El Cardenal Gibbons solicitó y obtuvo de León XIII su aprobación para aquella noble empresa, que había sido condenada por el Episcopado del Canadá, y auspiciada en cambio, públicamente, por el de los Estados Unidos. La forma como la Santa Sede dirimió el conflicto, desautorizando a los prelados canadienses, contribuyó a incrementar el prestigio de que gozaban los Caballeros, a quienes con razón se consideraba como a los auténticos paladines de la causa social-cristiana en América y el sereno valor con que el Cardenal había asumido su defensa le convirtió de inmediato en uno de los dirigentes espirituales de la Cristiandad anglosajona. En su célebre Mensaje a Su Santidad, estampa aquellas palabras valerosas que el pueblo norteamericano recuerda siempre con admiración

y respeto: "Ilustrísimo señor: el único poder del mundo que desde cerca de diez y ocho siglos ha venido siendo el protector de las clases pobres y desvalidas, no puede abandonarlas en la hora de la desgracia."

En Bélgica, la actividad de los social-católicos, a cuyo frente se hallaba Arturo Verhaegen, sociólogo e historiador entre los más respetados de Europa, cristalizó felizmente en 1864, en cuyo año fué celebrado en Malinas un Congreso Obrero Católico cuyas resoluciones tuvieron un hondo significado para el desarrollo de los principios que venían pregonando economistas ilustres, filósofos, escritores, y prelados de Alemania, Francia, Austria y casi todos los países del Viejo Continente. El Congreso de Malinas y la Liga Democrática, fundada a comienzos del año de 1891, fueron las bases sobre las cuales se edificó el movimiento social-cristiano de los belgas, y que tuvo en Verhaegen, en el Abate Pottier, en León Mabille, en Monseñor Stillemans, en Delporte, en Monseñor Doutrelux, sus más autorizados voceros. La obra de estos dirigentes alcanzó su mayor desarrollo a través de la difusión en fábricas, talleres y asociaciones obreras de los principios rectores del movimiento; de la fundación de numerosos Patronatos, similares a los organizados por el Conde de Mun en Francia; y de la realización constante de obras y empresas de caridad en beneficio de la clase obrera.

Más significativo y fecundo en sus resultados fué el movimiento social-católico desarrollado en Austria, por la misma época cuya iniciación corresponde al Barón de Vogelsang, autor de varios libros sobre cuestiones económicas, entre ellos "Moral y Economía Social". Vogelsang pretende restablecer las corporaciones medioevales. "Las corporaciones, decía, por sus fuerzas reunidas, lograrán resistir a la opresión y explotación de los poderes financieros." La sociedad, según su opinión, no puede estimarse como una simple yuxtaposición de individualidades, sino como una federación de grupos sociales. La más acabada expresión política de la democracia —el sufragio—, no podía representar un conjunto de egoísmos sino los grandes intereses de la nacionalidad. La acción del Barón de Vogelsang alcanzó hasta el Parlamento, y gracias a sus intervenciones obtuvo que el régimen corporativo fuera aprobado en 1883, y adoptado en toda Austria como obligatorio para las pequeñas industrias o industrias domésticas. Con todo, la doctrina de Vogelsang no contemplaba el integral restablecimiento de la organización económica medioeval, y a las críticas que se le hicieran, en este sentido, respondía a menudo: "No se trata de restaurar la sociedad de la Edad Media con todos sus defectos y vicios, sino de reorganizar la sociedad actual conforme al ideal de los siglos de fe".

Al tiempo que en Alemania se desarrollaban los preparativos de la celebración del Congreso Internacional convocado por el Emperador de 1890, para discutir los problemas económicos y sociales que por entonces agitaban la opinión pública mundial, un profesor de la Universidad de Friburgo, Gaspar Decourtins, autor de numerosas obras y tratados de Economía, presentaba al Parlamento Federal suizo un proyecto de unificación de las legislaciones del trabajo, considerado por su autor como único medio adecuado para detener la anarquía de la producción y los constantes conflictos surgidos por la oposición de las clases productoras. El proyecto no pudo ser considerado, por razón de la invitación formulada desde Berlín para la Conferencia auspiciada por Guillermo II, pero tanto la iniciativa del pro-

fesor Decourtins, como la del Emperador alemán, contribuyeron a crear un ambiente favorable al intercambio frecuente de ideas entre los países europeos. De 1890 a 1898, se verificaron así más de seis conferencias, asambleas y congresos de carácter internacional, en distintos lugares de Europa. Entre ellos, interesa primordialmente a nuestro ensayo registrar la VI Asamblea de la Unión de Friburgo, fundada desde 1884 con el propósito de difundir el pensamiento de la Iglesia.

La obra que la Unión se propuso desarrollar a partir de la celebración de aquella asamblea a la cual habían concurrido destacadas personalidades políticas, filósofos, escritores, catedráticos, economistas, sociólogos, etc., tuvo vastas miras y en su realización merece citarse el nombre de Monseñor Mermillod, ilustre obispo de Friburgo, presidente del Congreso, quien trabajó siempre asociado con el profesor Decourtins en la divulgación de los principios católico-sociales. A monseñor Mermillod debemos el conocimiento del programa trazado por la Unión para la realización de sus generosos fines.

En cuanto a las proposiciones aprobadas por la Unión a través de sus distintas reuniones, particularmente la celebrada en Friburgo, contemplaban una serie de tesis que constituían el fundamento de las doctrinas social-católicas. Incluían peticiones a los parlamentos sobre reformas económicas en beneficio de los trabajadores (jornada de trabajo, asociaciones, intervencionismo, etc), y, sobre todo, la decisión de adelantar una acción internacional tendiente a conseguir que la Santa Sede se pronunciase oficialmente sobre las cuestiones sociales, y fijara, para siempre, el criterio de la Iglesia en problemas que, al finalizar el siglo, ocupaban un primer plano en la opinión pública del mundo y por lo mismo exigían la definitiva calificación de la suprema autoridad espiritual de la cristiandad.

Correspondió, en efecto, a Su Santidad, León XIII, la gloria de exponer ante el mundo, por vez primera, el pensamiento integral de la Iglesia, en aquellas materias, a través de histórico y trascendental documento que habrá de ser juzgado por las generaciones futuras como la más auténtica Constitución Social de los pueblos civilizados. La palabra sagrada "que viniera a enseñar a la familia humana nuevos caminos en la vida social", fué pronunciada, en efecto, desde San Pedro, el 15 de Mayo de 1891, año décimocuarto del Pontificado.

Dos figuras esclarecidas de la Iglesia, entre muchas otras, también gallardas y magníficas, cumplían años después de extinguida la vida de León XIII, la doble misión de enaltecer su memoria venerada y exaltar ante el mundo la significación trascendental de su apostolado, la grandeza de la obra contenida en las cláusulas severas de la "Rerum Novarum". El primero de ellos, sucesor ilustre de su Pontificado, Pío XI, saludaba los primeros cuarenta años de la histórica Encíclica con otro documento similar, destinado asimismo a recordarnos cómo entre fuerzas extremas y disociadoras hay siempre una fuerza superior que cimenta la vida ética del hombre; el otro, un varón insigne, prelado eminente, Monseñor Jean Verdier, Cardenal y Arzobispo de París, cuya vida consagró al servicio de las ideas y de las obras del cristianismo, y que al morir legó a la posteridad un tesoro de enseñanzas y experiencias, vertido a un libro ejemplar, de imperecedera memoria.

Con su célebre "Manual de Cuestiones Contemporáneas" donde amplía y perfecciona la doctrina social-cristiana, el Cardenal Verdier adquirió la más resonante y autorizada personería de la inteligencia y del saber dentro de la Iglesia francesa. Como intérprete de León XIII, hizo algo más que comentar y difundir sus teorías económicas y sociales; los principios fundamentales de la "Rerum Novarum" hallaron en el Cardenal Verdier un ancho campo de extensión, y lograron, mediante el estilo magnífico, la capacidad poderosa y la fé ardiente del discípulo, nuevos y más profundos cauces expresivos, finalidades más visibles, contornos ideológicos y doctrinarios quizás menos metafísicos. El Cardenal vertió sobre la pura doctrina Pontificia un contenido político más definido. Aquello que en León XIII era talvez nada más que idealismo de apóstol cristiano por humanitarismo hacia una sociedad agitada por las contiendas políticas y las opresiones de la organización económica, tomó bajo la pluma combativa del Cardenal Verdier una firme actitud estratégica, carácter y empuje de programa beligerante, de bandera enardecida en la ruda lid de los pueblos en lucha por la felicidad, por el bienestar social. La "Rerum Novarum" fué la visión; el "Manual", fué la realización. La Encíclica operó sobre los restos del sentido ético y moral de una humanidad que ya empezaba a decaer, envilecida por el materialismo y abandonada de toda fe; el libro del Cardenal estaba en cambio destinado a obrar directamente sobre la vida económica, sobre los resortes políticos y la realidad social de ese mundo enfermo...

El Cardenal Verdier no fué un visionario, y por eso estudió y experimentó por sí mismo el problema de la época; se enteró a fondo de los desequilibrios de la producción, de la riqueza y del trabajo; analizó fríamente el derecho de la propiedad y las doctrinas que proclaman su brusca mudanza por el reparto común de los bienes; leyó documentos diplomáticos, archivos secretos de Cancillerías, se entrevistó con jefes políticos y caudillos prominentes, visitó fábricas y talleres, asociaciones y sindicatos, investigó sobre estadísticas imparciales. Reunió, en suma, el más completo y valioso acervo de conocimientos y experiencias, y gracias a él concibió y publicó su libro notable. El Cardenal Verdier, fué, por cierto, un conductor, un maestro, un realizador, es decir, un grande hombre. Francia, la Iglesia Católica, la cultura, perdieron con su muerte una de las figuras más altas, un guía, un defensor incansable de la dignidad del hombre, de su persona y de sus derechos.

Inexplicable resulta ver cómo se debate y polemiza respecto de las realizaciones de la enseñanza cristiano-social. Ninguna otra agrupación histórica de su índole puede ofrecer un panorama más fecundo de ejecuciones concretas, de obras, de empeños y esfuerzos en beneficio de las clases desvalidas. Ninguna otra puede tampoco presentar un programa que satisfaga mejor sus anhelos de regeneración moral y física. Durante decenios, los paladines de este movimiento han sido incansables en ofrecer al hombre los caminos de su redención y de su libertad. Gracias a ellos, mucho se ha logrado; mucho puede lograrse todavía. Mas, preciso es definir que al social-católico le interesa sobremanera y fundamentalmente *un cambio*

moral. En eso se diferencia su doctrina de aquellas que sólo exigen satisfacer halagos materiales, siempre accidentales y cambiantes en el desenvolvimiento social.

Es preciso convenir en que no basta dar solución al problema económico en particular. Este es el punto de partida para la exacta comprensión de la doctrina social-cristiana. No es en síntesis ciertamente suficiente ofrecer el cumplimiento de reivindicaciones sociales, ni aun satisfacerlas en la más amplia medida, como la acabada expresión de nuestro mundo, de nuestra cultura. Las garantías y derechos sociales, la legislación protectora del trabajo, el régimen de seguros, el cooperativismo, constituyen apenas —hay que decirlo sin reticencias—, una fase del gran problema humano de nuestro tiempo, que no se valora únicamente en razón de mudables satisfacciones positivas. Además, en este sentido, casi todos los países y Estados modernos han adelantado bastante en el camino de lograr un conjunto de reglamentaciones legales que aseguren y garanticen al trabajador un mínimo de bienestar que, sin duda, sobrepasa todos los cálculos y programas esbozados desde fines del siglo pasado. Hoy día, ningún país discute siquiera sobre garantías sociales a la clase obrera, ni sobre sus derechos como agrupación social. Todos los partidos políticos emulan en la concesión de mejoras y reivindicaciones en favor del proletariado. Ningún dirigente político se atrevería hoy a proponer un reajuste de instituciones para privar al desvalido de cuanto le ha otorgado, con largueza, una legislación inspirada decisivamente en el ideal cristiano-social. En cambio, el hombre, como HOMBRE, lejos de progresar, ha retrocedido a distancias que lo mantienen mucho más próximo a la ruina moral, a su envilecimiento, que a la suprema perfección ética, que es la cima de toda cultura, de toda civilización.

A lo sumo, el hombre de nuestra época podrá ufanarse de haber superado muchos ideales edificados sobre la teoría del progreso. Es aún posible que este hombre de hoy —el mismo que inventó la inseminación artificial y descubrió la energía por la desintegración del átomo—, pueda alcanzar mañana otras conquistas no previstas todavía siquiera, en el ámbito de la creación científica y técnica, pero, a nuestro juicio, con ello no hará sino alejarse más de todo incentivo espiritual o ético. Ahora bien: es evidente, y negarlo sería una necedad, que, en la hora presente, la economía sigue por muchos aspectos fundada sobre los falsos resortes del dinero, y que la sociedad moderna es a menudo impotente para lograr la humanización del trabajo y frenar la explotación del hombre por el hombre, cuyo principio sigue siendo en muchas partes el sostén de la organización capitalista de la industria.

El remedio para todo esto reside, a nuestro parecer, en algo quizás elemental, primario. Desde luego, no fundamentalmente en conceder al hombre derechos y garantías abstractas, pero ni siquiera en satisfacer su vanidad con halagos de regeneración material y externa. Recordemos las palabras de la Encíclica: "La materia inerte sale de la fábrica ennoblecida, mientras los hombres se corrompen y degradan". *Lo verdaderamente esencial es enfrentarnos con valor a una revisión de la actitud del hombre ante la vida. Se requiere simplemente un cambio de postura, una modificación*

en la manera de sentir y apreciar los hechos, en suma, una total rehabilitación de las energías morales y espirituales del hombre. Como dice el filósofo cristiano: "Reponer nuestro Cristianismo y remontar hasta la altura de la cruz de Cristo el potencial religioso y espiritual de nuestra Democracia. Que la inspiración cristiana y la inspiración democrática se reconozcan y reconcilien". Este es el camino de nuestra transformación en lo político, en lo económico, en lo social, como lo está siendo en la Europa de Occidente desde que terminó la guerra, bajo la égida social-católica, que a la vez ampara la fe en nuestra religión y la opone a las fuerzas disociadoras del bolchevismo moscovita.

